

Un Quevedo poco conocido

Escribe: FRANK A. CAUZ

Las obras dramáticas de Quevedo han sido injustamente relegadas a un plano secundario. Tanto es así que hay historiadores de la literatura española que en su apreciación de la obra polifacética del genial poeta las han pasado por alto; otros simplemente hacen una ligera alusión aduciendo que tienen escasa importancia dentro de la producción total del autor.

Nos parece que lo que le ha sucedido a la obra dramática de Quevedo es semejante a lo que le ha ocurrido a la de Cervantes y es que ambos autores se destacaron notablemente en otros géneros que oscurecieron su creación teatral. Creemos, no obstante, que si Cervantes o Quevedo no hubiesen escrito más que las comedias y entremeses serían dignos de aparecer, por su universalidad de temas y maestría de técnica, en cualquier historia de la literatura española.

Los entremeses de Quevedo caen dentro del género cómico burlón, ya que en todos se halla un tono irónico de sátira mordiente. Los temas de las once piezas son de gran variedad: la avaricia (*La venta, Pan durico*); la ineptitud de los

médicos (*El médico*); el honor (*El Marión*); la mujer pedilona (*El caballero Tenaza, El niño Peralvillo de Madrid, El zurdo alanceador*); la apariencia engañosa (*La ropavejera, El zurdo alanceador*); el matrimonio, haciendo hincapié en la aversión a las suegras (*El marido fantasma*); el matrimonio de edad desigual (*Los refranes del viejo celoso*); y el matrimonio desavenido (*El hospital de los mal casados*).

Cada entremés es una crítica de taras humanas y en la mayoría de ellos (1) el móvil subyacente del dinero, que conduce al engaño descarado, sirve de denominador común. Esto no quiere decir que estos entremeses carezcan de interés ni que sean monótonos. Distan mucho de ser aburridos porque el dinero y el engaño son elementos utilizados hábilmente dentro de circunstancias muy diferentes.

Entre estos entremeses uno de los que mejor nos pueden decir sobre la manera de hacer de Quevedo, y por otra parte el primero de los que aparecen en la colección de ellos hecha por Aguilar, es el de *La venta*. En él Quevedo ridiculiza

las ventas españolas, blanco de tantos otros autores, situando la acción en una repulsiva en que los protagonistas llevan nombres muy alusivos que los caracterizan, y que en sí son humorísticos. Muy acertadamente Quevedo eligió Corneja para el ventero y Grajal para su criada: esta, hembra del grajo, ave chillona; aquella, ave de rapiña. Con los dos nombres y los dos primeros parlamentos Quevedo ha pintado a los dos protagonistas. Corneja, según la canción de Grajal, es el típico ventero que engaña dando gato por liebre, y más aún, "lechuzas... por pollas". Se hace pasar por un gran devoto puesto que aparece en escena rezando el rosario y, suponemos, con aspecto y ademanes de santurrón. Grajal, según Corneja, es la criada chillona que se burla de su amo: es "sisona, traviesa y habladora". Todo lo expuesto en estos dos parlamentos iniciales se irá ampliando a lo largo de la obra con la intervención del amo, la criada y otros personajes.

La figura sin escrúpulos de Corneja va acentuándose con la canción de Grajal:

*Quien temiere ratones,
venga a esta casa,
donde el huésped los guisa
como los caza.*

Que produciría un gran efecto cómico en el público, culminando en los últimos versos en los cuales se califica de gato al ventero por sus "cacerías":

*Dicen "señor güésped";
responde el gato,
y en diciendo zape,
se va mi amo.*

A continuación la comicidad se basa en el juego de palabras. Quevedo emplea la ambivalencia del verbo "saber" para provocar la risa. Corneja le pregunta a Grajal:

*¿Has echado en la olla lo que
sabes?*

y esta contesta burlonamente:

Y lo que sabe mal a quien lo come.

Este mismo recurso se repite seguidamente al mandar Corneja a la criada "barrer y regar", a lo cual responde ella sagazmente:

*Ya lo he entendido;
tu mandas de continuo
barrer las bolsas y regar el vino.*

Arterias propias de esta venta. Termina la escena entre Grajal y su amo con una canción graciosa condenatoria del difunto padre de la criada, el cual fue ventero, y de todos los venteros en general.

En la segunda escena sale un estudiante y saluda al ventero de la siguiente manera:

*Sea siempre bendito
quien echó a cada cuba un
taponcito.*

La burla es clara y se sobreentiende que el ventero no es de los que se lo echan, sino de los que dejan la cuba sin tapón para añadir agua al vino.

De nuevo hallamos el procedimiento del juego de palabras que Quevedo tan magistralmente emplea. A las impertinencias del estudiante, el ventero le replica que "coma y calle... que le costará caro". La respuesta del estudiante, "Si lo pago", completa el juego.

El pícaro estudiante aprovecha todas las ocasiones para atacar a Corneja, pero este no se queda atrás. Al calificar "de nuevo", en otro juego de palabras, el vino de Corneja, este muy astutamente responde para defenderse:

¿Había de dar a amigos cosa vieja?

Quevedo logra extraordinariamente la caracterización del típico estudiantón. Como Corneja sabe con quien ha de habérselas le recomienda mucha cautela a su criada porque piensa que los estudiantes son capaces de llevarse "un colchón en un bolsillo". Grajal le tranquiliza diciéndole:

*No hay que temer Corneja;
que hay en casa colchón que en dos
instantes
pasa a chinche una escuadra de
estudiantes.*

El chiste está sumamente logrado. Quevedo lo ha basado en una expresión fija "pasar a cuchillo", y lo que dice claramente la criada es que hay colchones en la venta, tan plagados de chinches, que estas serían capaces de matar a multitud de estudiantes. Huelga decir que el chiste desencadenaría un torrente de risa.

La relación que hace Grajal de los comensales es de lo más gracioso de la pieza. Es una larga tirada de versos, la más larga de la obra, en que la criada describe de una manera barroco-conceptista las dificultades que hallaron al intentar dar comienzo a la comida. La disposición de la mesa, carente de atractivo alguno, se resume en dos versos:

*La mesa parecía matadura,
con tanta urraca y tanta
desventura.*

Los comensales parecen como si estuvieran regimentados en actitud de ataque:

*Sentáronse en arpón en un
banquillo;
tocaron a colmillo;
arremangaron los bigotes
.....
templaron las quijadas los cuitados
para hacer consonancia a los
bocados.*

Relata Grajal los esfuerzos titánicos que algunos tuvieron que hacer para comer. Uno de tirar tanto de un trozo de cabritillo (¡de dieciséis años!) se quedó chato. Pero lo más gracioso de este relato es el episodio de la morcilla-bota. El diálogo sostenido por los arrieros es sumamente cómico. Ante la enigmática morcilla uno pregunta, "¿Esta es tripa o maleta?"; otro opina "a cieno sabe, si es de estanque". Ambas expresiones suscitan la risa. La tripa de la morcilla era tan dura que recuerda el cuero de la maleta. Aquí tenemos un evidente caso de metonimia. La segunda expresión hiperboliza el mal sabor de la morcilla. Por fin, desesperados los comensales, terminan por desistir en averiguar la procedencia de la morcilla diciendo simplemente: "Bástale ser morcilla de Corneja" que equivale a decir inmundicia.

La nota amorosa, que sirve de tregua a la ofensiva contra Corneja, la aporta un mozo que llega a la venta pidiendo una azumbre de vino, dedicándole a Grajal un madrigal humorístico en el cual elogia su belleza. Esta le desprecia alegando que él es muy poca cosa para la que es "campanario de la gala", que "pasó a pestaña infinidad de gentes". Vemos en "pasó a pestaña" otra variante de la expresión fija "pasar a cuchillo".

La tregua cesa cuando al decirle el mozo a Grajal que está muerto por ella, esta le contesta que tenga cuidado de no decirlo delante del ventero porque lo “venderá a los huéspedes por trucha”.

Digno de mencionarse es la argumentación sobre el “no son” y el “sí son” (llenas las azumbres) que el estudiante convierte admirablemente en “sisón”, palabra en conformidad con el carácter del ventero. Aduce, además, el estudiante, como prueba contundente el caso de las albóndigas, quejándose del precio arbitrario de ellas. Grajal explica la razón por la cual las grandes costaron menos que las chicas: “no se muere un asno cada día”. El estudiante, que no tiene nada de tonto, completa el chiste respondiendo:

*No se disimulaban,
que después de comidas rebuznaban.*

Hasta la burra de Guevara, el cual llega con su compañía de cómicos, teme llegar a la posada por temor de servir de plato principal a los huéspedes.

La llegada de Guevara da ocasión a Quevedo para emplear dos apellidos ilustres con fines cómicos, y a la vez manifestar de nuevo el afán de lucro del ventero al aconsejarle Grajal que le sirva la cena a Guevara porque

*será calidad, si se repara,
pues seremos Ladrones de Guevara.*

El estudiante, como casi siempre, lo remata diciendo:

*En esta pobre choza
todos somos Hurtados de Mendoza.*

Después de un breve altercado entre el estudiante y Corneja, la obra termina, según es tradicional en las de este género, con música y baile.

A través de los entremeses Quevedo, con un desenfado y dinamismo propios de su carácter, nos presenta un mundo deforme, basado principalmente en la exageración, a modo de caricatura. Destacan en él el sicólogo conocedor del alma humana, el hábil manejador del habla popular y el genial innovador.